

CLARA PASTOR

LOS BUENOS
VECINOS

Y OTROS CUENTOS

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2020 by Clara Pastor Olives
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-17902-40-7
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 318-2020

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Los buenos vecinos	7
Fuera de temporada	25
La infancia es una patria extraña	41
El final del verano	63
Cambio de piel	83
Los que de nadie fueron	91
Yucatán	105
El ángel necesario	115
El triunfo de la botánica	131
La víspera	149
New Haven	163

A Umberto Pasti, *fratellino*;
y a Gabriel Magalhães, por su cuidado.

LOS BUENOS VECINOS

Una semana después, el aire sigue oliendo a carne quemada. Dependiendo de donde sople el viento, el hedor es tan intenso que parece que la carne se estuviera quemando en los patios mismos. Cuando viene de tierra, lo arrastra mar adentro y huele menos, pero huele todo el tiempo, aunque ya nadie hable de ello. Es el segundo incendio en un año, siempre en la misma época. La palabra *provocado* flota en el aire, como el olor a chamuscado y las cenizas que aún hay que barrer en la entrada de las casas. Sin embargo, nadie hace preguntas, tal vez porque han oído decir que quienes provocan los incendios suelen ser lugareños.

Por el patio de una de las casas más cercanas a la cima corretean gallinas y un perro duerme a la sombra del único árbol, un algarrobo que desprende un aroma entre dulce y agrio. Las moscas revolotean en torno a los racimos de uvas pequeñas y verdes de la parra que cubre las cañas que dan sombra a la esquina donde está puesta la mesa. Son las horas más calurosas y el dueño de la casa duerme, tumbado en el banco de piedra adyacente al muro de la casa. De cuando en cuando espanta a las moscas que se posan en su cara tostada y arrugada.

Un niño juega a hacer rampas para sus tres únicos juguetes, un coche patrulla, un deportivo amarillo y un camión de bomberos. Los hace subir por la cuesta improvisada con un tablón de madera hasta el bloque de cemento desde el que los lanza por otro tablón, imitando el ruido que hacen los automóviles cuando trepan o bajan por las curvas de la carretera angosta que pasa junto a la casa. Cada vez que gri-

ta *brrrrruuuummm* molesta al padre, que se queja hasta que se cansa, del ruido, del calor o de la dureza del banco, y se incorpora de mala gana. La hermana, uno o dos años mayor, juega con un perro de trapo y una muñeca despeinada con un vestido de flores descolorido. Les ha hecho una casita con una caja de fruta y un trapo viejo a modo de techo y puerta; los acuesta en el interior y en voz baja les canta una nana para que se duerman.

—Para ya con eso, ¿no ves que estoy durmiendo?—dice el padre. Hurga en el paquete de cigarrillos que está sobre la mesa hasta romper la parte superior—. ¿Quién me ha cogido el último?—pregunta estúpidamente, pues en la casa es el único que fuma.

La tienda donde venden tabaco está dos curvas más arriba, pero aún es temprano y lo más seguro es que el dueño, como él, esté echado en el patio hasta la hora en que baja el sol y se juntan los cuatro del pueblo a beber, fumar y tomar el poco fresco que trae la tarde. Pero no va a aguantar hasta entonces, y le molestan el juego tonto del niño, la ñoñería de la niña y el ruido de su mujer lavando los platos dentro, más aún sin tabaco.

—¿Cómo puedes hablar si estás durmiendo?—dice la niña alisándole el vestido a la muñeca—. Cuando se duerme no se habla—añade, canturreando las palabras que les dice su madre cuando los acuesta a ella y a su hermano.

—¿Que cómo puedo hablar si duermo? ¿Qué pregunta es ésa?—contesta el padre, rascándose el vello del pecho que asoma por el cuello de la camiseta imperio—. Anda a comprarme un paquete de cigarrillos, venga, por tonta. ¿No me has oído?—Hace ademán de ponerse en pie y levanta la mano, gesto que la niña comprende de inmediato.

La niña arropa a la muñeca, la acerca un poco más al perro y, sin contestar a su padre, va derecha a la salida del pa-

tio. Abre la portezuela metálica, corre cuesta arriba hasta la tienda, los talones tocándole las nalgas, y entra sudada y recuperando la respiración en un patio casi idéntico al de su casa, sólo que en éste hay algunas mesas y sillas desparejadas en las que se atiende a los clientes. El emparrado es más largo y espeso que el de su casa y de la planta cuelgan unos frutos de color pardo que no son las uvas que acostumbra a verse en los patios de por aquí. A la niña le gustan esos frutos, anodinos como una patata por fuera pero que revelan una estrella verde cuando los abre por la mitad. Nana, la mujer del dueño, le contó que se llaman kiwis y que son originarios de China. Aunque esta planta ha brotado a partir de unas semillas que su cuñado le trajo del puerto, no de China.

—¿Dónde vas con esas prisas, criatura?—dice la mujer joven y gruesa que seca los vasos junto a la ventana de la cocina, asomándose al patio—. Pero si vienes resoplando como un asno.

Conoce a la niña desde que nació y le tiene afecto, tal vez porque sus hijos son todos varones, ya crecidos.

—Hola, Nana, vengo a por cigarrillos para mi padre—dice la niña, y con una cortesía que resulta cómica pronunciada en ese cuadrado de cemento ardiente poblado de objetos raquíticos, añade—: ¿Tú cómo estás?

«Qué graciosa, esta niña—piensa Nana—, no sé dónde ha aprendido esas maneras. Porque su madre es una buena mujer, pero la vida no le ha dado mucha ocasión para la delicadeza, entre el bruto de su marido y que no tiene familia en el pueblo».

—Yo, bien, bonita, gracias por preguntar. Pasa, anda, que te doy los cigarrillos y un poco de naranjada si quieres—dice, secándose las manos en el delantal.

La niña no entra enseguida porque ha visto a la gata que

acaba de parir y quiere acercarse a ver los gatitos, enroscados alrededor de la madre como los muñecos que ella acuesta, pero vivos. Son grises y blancos y con los ojos aún cerrados responden ciegamente a la manita de ella, que se estremece de placer al tocar la carne blanda y cálida cubierta de pelo suave como las plumas de los polluelos de su corral.

—¿Me regalarás uno, Nana?—pregunta a la mujer, cogiendo en brazos al que ha quedado un poco apartado de la camada y meciéndolo en el hueco entre el cuello y la barbilla. Es lo que más le gustaría del mundo, tener uno de esos gatitos, que fuera suyo y sólo suyo, para cuidarlo.

—Eso tendrás que preguntárselo a tu madre—responde Nana desde la cocina, porque no quiere que la niña se haga ilusiones, sabiendo que con toda seguridad los padres no van a permitirselo.

—Vale, Nana, yo se lo pregunto y, si me dicen que sí, me dejas que me lo lleve. Éste, éste es el que más me gusta—dice la niña, apretando al gatito contra la mejilla antes de dejarlo junto al resto.

Al ponerse de pie pierde ligeramente el equilibrio, golpea la silla que tiene justo detrás y, cuando se da la vuelta para dejarla como estaba, ve al hombre en el que no se ha fijado al entrar. No lo conoce, pero lo ha visto antes. No vive en el pueblo, sólo pasa por ahí de vez en cuando y para a tomarse algo en el bar. El hombre no se ha inmutado hasta ahora, ni siquiera con el golpe a la silla que está a pocos palmos de la suya, pero al notar que la niña lo mira vuelve la vista lentamente hacia ella. La niña se fija en los párpados gruesos, entrecerrados sobre los ojos planos y opacos, y así se quedan, imantados por la mirada, hasta que el hombre dice, con una voz áspera cargada de humo y cazalla:

—¿Y tú qué miras?

«Nada», está a punto de responder la niña, pero es incapaz de articular palabra y aparta la vista rápidamente. Se da la vuelta para meterse en la casa, donde la espera Nana con el tabaco, pero antes se fija en las manos del hombre junto al cenicero lleno de colillas, negras y reseca como un tronco requemado, las uñas sucias y curvadas como las de los gallos.

—¡Ya voy, Nana!—dice retrocediendo hacia la puerta para despegarse de los ojos de ese hombre que le da miedo y que enciende más cerillas de las que le hacen falta para prender los cigarrillos que fuma mientras alarga el café y la copa con un líquido ámbar.

El hombre vuelve a fijar la mirada en algún punto de la mesa y juega con las cerillas, abriendo la caja hasta la mitad, frotando dos entre el dedo índice y pulgar, y luego deslizándolo desde dentro, un poco retirada de la ventana para asegurarse de que no la ve. Le fascinan sus manos, «así deben de ser las de los demonios», piensa; y se pregunta por qué tendrán ese negro que parece más negro que el sucio de tierra y grasa que tienen las de su padre o las de los otros hombres que conoce.

—¿Quién es ese hombre, Nana?—pregunta la niña sin apartar la vista del extraño.

Nana ha terminado con los vasos y acomoda las cazuelas en el estante de obra bajo los fogones.

—¿Qué hombre dices?—pregunta sin darse la vuelta.

—Ese que está ahí fuera, en la mesa de la esquina—dice la niña.

—Ay, hija, no sé de quién me hablas—responde Nana, que ahora está agachada y metida hasta los hombros en uno de los armarios—. ¡Ah, dices el viejo! Bueno, que no sé si es tan viejo, pero lo parece. No vive aquí, sólo está de paso.

Bueno, ¡listo!—añade mientras se incorpora, resoplando y alisándose el pelo que se le ha despeinado al sacar la cabeza del armario de cocina. Ve que la niña sigue en la ventana, mirando en dirección a la mesa donde está sentado el hombre, con cuidado de no asomarse—. ¿Por qué preguntas?

La niña no contesta enseguida, antes se da la vuelta y va hacia el mostrador donde Nana ha dejado el paquete de cigarrillos.

—No sé, es extraño que haya venido hasta aquí si no tiene nada que hacer. Y mira raro, como si tuviera algo feo escondido detrás de los ojos—dice.

—¿No le habrás dicho eso?—pregunta Nana distraídamente.

—No, claro que no, sólo me he fijado que miraba feo—contesta la niña.

—¿Y él te ha dicho algo?—Ahora Nana sí la mira.

—No, Nana. Él tampoco me ha dicho nada. —Y las preguntas de Nana hacen que sienta aún más curiosidad por el extraño.

En ese momento se abre la verja del patio y entran dos hombres, los primeros en despertar del letargo de la siesta. El que tiene el taller mecánico al otro lado de la cuesta viene a pasar las tardes con el marido de Nana, que al verlos llegar saluda desde la esquina de sombra y se incorpora. Lo acompaña uno de los dos policías del cuartel del puerto, el de más edad y el que cae bien en el pueblo, porque es de aquí. El policía también acude al bar casi cada tarde, sobre todo en verano, cuando el calor en el muelle es insoportable, aunque por más que sea un asiduo su presencia siempre infunde respeto. Tal vez por eso se suma a ellos tan rápidamente el dueño del estanco, mirando antes en dirección al hombre que está sentado bajo el emparrado, como si fuera algo que no debería estar allí.

El policía sigue la mirada casi furtiva del estanquero hasta el hombre, que permanece con la vista clavada al frente. Se sientan y piden café, coñac y un faria. El mecánico y el dueño del bar, al que llaman Tono, intercambian algunas frases, las mismas de cada tarde, sobre el bochorno, el hedor, las cenizas que ha dejado el incendio y el resultado del partido de ayer. Luego se quedan en silencio, bebiendo y fumando. El policía sigue observando al hombre de la otra mesa, que enciende un cigarrillo, guarda el paquete y las cerillas en el bolsillo del pantalón, saca unas monedas, las deja sobre la mesa y arrastra la silla para levantarse. Sin darse la vuelta, dice «Buenas tardes» y sale, sin molestar en cerrar la verja. El hombre desaparece antes de que alguien tenga tiempo de contestar. El primero en hablar es el policía, que pregunta a Tono:

—No lo había visto por aquí antes. ¿Es cliente?

—Viene de vez en cuando. Pero cliente cliente no es.

—¿Pero lo conoces?

—Conocer conocer, no. De hablar alguna vez. Es pariente del vecino, de la parte de la familia que vive más al interior—responde Tono como si se disculpara.

El vecino que linda con su casa tiene un terreno grande que llega hasta la cima de la cuesta y sigue por el otro lado.

—¿El vecino dices el de las tiendas del puerto?—pregunta el policía.

—Sí, ése.

En realidad es dueño de varios negocios, además de las tiendas del puerto. También alquila sus dos motos cuando hay demanda de los turistas en verano; importa tabaco, más barato, que no vende directamente, sólo a los estancos, dice que para no perjudicarles; y algunos licores.

El policía sabe del estraperlo y los alquileres, que tampoco son del todo legales, conoce al vecino desde que eran

niños, aunque no puede decirse que sean amigos. Preguntata al dueño del bar como es de estrecho el parentesco con el hombre que acaba de irse.

—Pues no sé. Cuñado de su mujer, igual—contesta Tono, que no sabe por qué el policía se interesa por sus lazos familiares, pero le inquieta que le pregunte—. De todas formas, no viene mucho por aquí—añade, y se nota que quiere dejar de hablar del extraño.

Los tres hombres siguen fumando en silencio, el mecánico pide otro café y, al quedarse callados, oyen la conversación que mantienen dentro la niña y la mujer.

—Pero ¿es malo, Nana? Porque *parece* malo.

—No, no es malo.

—Entonces, ¿por qué me has preguntado si me había dicho algo? Si no pensaras que lo es, no lo habrías hecho—insiste la niña.

Mientras pone la taza y la cucharilla sobre el plato para servir el café que le han pedido afuera, Nana piensa que quién le mandará preguntar tanto y que esa costumbre de interesarse por todo no va a traerle nada bueno.

—Te lo he preguntado no porque fuera malo, sino porque no quiero que molesten a los clientes—contesta. Y, para suavizar un poco la brusquedad de su respuesta, añade pinchándole en el vientre flaco con el dedo—: Ahora ya lo sabes.

La niña sale detrás de ella y vuelve a acercarse a la esquina donde están los gatitos para tocarlos antes de volverse a casa.

—¿Has cogido los cigarrillos?—pregunta Nana desde la mesa—. Mira que como te los olvides, tu padre se va a poner contento. —Conoce su mal carácter y ha visto gritarle y hablarle de mala manera a su hija por nimiedades—. Anda, no le hagas esperar más, seguro que está con ganas de irse a pescar—la apremia para que no se demore.

El policía parece abstraído mirando a la niña con los gatitos. Ajeno al intercambio sobre el tabaco y la impaciencia del padre, su interés se ha quedado en un punto anterior de la conversación.

—¿Y recuerdas cuándo fue la última vez que vino por aquí?—pregunta sin mirar a nadie en particular, pero dirigiéndose al dueño, que es con quien estaba hablando.

—¿Quién?—responde Tono, que no le sigue.

—El hombre que estaba aquí. El que es pariente, aunque te parece que lejano, de tu vecino. Que no es cliente, pero viene de vez en cuando. ¿Recuerdas cuándo fue la última vez que vino?—dice el agente puntuando cada una de las frases y observando al dueño—. ¿Recuerdas si fue en junio del año pasado?—precisa.

Tono lo intenta, pero le es imposible recordar nada del junio anterior, aunque no le parece que haya pasado tanto desde la última vez que vio al hombre. Le pone nervioso no acordarse y que el policía se lo pregunte.

—No sé, no me acuerdo. No creo que fuera en junio. Pero ¿qué importa si fue entonces, en abril o en pleno invierno?—contesta, algo molesto.

El agente lo nota y le dice con voz tranquila, dándole una calada larga al cigarro:

—Sí importa. Importa porque el pasado junio fue el último incendio. El último antes del de esta semana, claro. La misma peste a monte quemado, eso tal vez ayude, a recordar, digo.

Nadie dice nada más, la mujer recoge las tazas usadas y, cuando va a darse la vuelta para regresar a la cocina, el agente le pregunta si recuerda si vio al hombre por allí en junio. No, ella tampoco se acuerda de si estuvo en junio, pero sí que pasó por el bar una tarde cuando aún hacía frío, tal vez en marzo. Mira a su marido, que observa a la niña acariciando los gatos.

—Y tú, ¿qué haces ahí todavía?—dice Tono alzando la voz—. ¿No te ha mandado tu padre a por cigarrillos? Pues cógelos ya de una vez y deja tranquila a la maldita gata. ¿O es que no sabes que no les gusta que les toquen las crías?

Sorprendida por haber llamado la atención de todos, deja al gatito junto al resto de la camada y corre dentro a buscar el paquete que ha olvidado. Nana percibe el susto de la niña, pero puede más la tensión que se ha ido espesando con las preguntas insistentes del policía, y no se atreve a reprender a su marido. Se retira a la cocina y, cuando se cruza con ella, le acaricia la cabeza y le dice en voz baja: «Tú pregunta lo del gatito». Pero la niña, aún sobresaltada, sale rápido hacia la puerta sin contestar y baja corriendo las dos curvas hasta su casa.

Unos metros antes de llegar ya oye las voces procedentes del patio, los gritos de su padre, un inciso más agudo de su madre, y el exabrupto final de él. Pero eso ya no la asusta, es el griterío al que está acostumbrada. Cruza el patio y le lleva el paquete de cigarrillos a su padre, que se ha levantado del banco y tiene preparados los recipientes para los cebos y las cañas.

—A buenas horas—dice, y levanta la mano con ese gesto familiar que hace que la niña se aparte instintivamente, pero sin miedo.

—Papá, ¿puedo tener un gatito? Nana dice que me regala uno de los suyos y yo me ocuparía de todo.

—Cómo que un gatito, ¿tú te has vuelto loca? Bastante bicho hay por aquí para meter otro.

Pero la niña no se rinde:

—¿Y si mamá me deja, puedo?

—Ni hablar, te digo que no y es que no. Si no puedes ni

traer un paquete de cigarrillos cuando te lo mandan, cómo vas a cuidarte de un gato. Déjate ya de tonterías y trae los cebos que están en la cocina.

El padre recoge las cañas, los recipientes y se dirige a la parte trasera de la casa, donde está aparcado el coche. La niña entra corriendo en la cocina, coge el paquete con el cebo y lo sigue. Pero el padre no dice nada más, le arrebató el cebo de las manos, se sube al coche y arranca. La niña lo ve marcharse cuesta arriba y vuelve al patio, donde su hermano sigue jugando con los coches. Le pregunta si quiere bajar con ella a ver si encuentran a los amigos, pero el niño dice que no, que está bien ahí y que sus amigos seguro que no irán a la playa. La niña mira el cesto donde ha acostado a la muñeca y al perro de trapo y decide que irá ella sola. Remonta de nuevo el tramo de carretera hasta la cima y al pasar por delante del bar escucha la conversación a voces que tiene lugar en el interior:

—Si vuelve por aquí, no se te ocurra decir nada. Tú, la boca callada, y ya se arreglarán ellos con el tipo—dice una voz familiar de hombre, áspera.

—Pues no sé por qué no le has dicho que sí, que estuvo en junio, se ha dado perfecta cuenta de que sabías algo que no decías—responde Nana.

—Te he dicho que te calles, que lo que haga o no ese hombre no es cosa nuestra. No quiero problemas, ¿entiendes? Y menos con el vecino. ¿O quieres que se entere de que vamos chismorreando sobre su cuñado?—El marido alza más la voz.

—No veo yo que sea chismorrear contestar a lo que te pregunta la policía. ¿Y a ti qué más te da? A ver si seremos nosotros los que vamos a tener problemas...—dice Nana, pero él la corta.

—A ver, ¿no me entiendes o no me quieres entender? El

problema lo vamos a tener si decide que el tabaco lo vende él directamente, así que calladita y a lo tuyo.

La discusión parece que se ha acabado y la niña prosigue su camino. En lo alto de la cuesta, donde arrancan las escaleras que bajan hasta el puerto, la asalta momentáneamente el temor de que el hombre que estaba en el bar hace un rato siga por ahí. Pero piensa en Nana, en lo valiente que es, en cómo le contesta a su marido cuando él le grita y en que si logra convencer a su padre ella le regalará un gatito gris y que, aunque su padre se enfade cada día con ella y su madre nunca diga nada, ella tendrá un gatito que cuidar y acostar como hace con sus muñecos, sólo que estará vivo.

A esa hora quedan pocos bañistas en la playa, sólo algunos turistas que aprovechan el último sol antes de irse a duchar a la pensión; es a esa hora cuando los del pueblo bajan a pescar. Enseguida ve a su padre en el sitio acostumbrado, donde termina la arena y empieza el muelle de cemento en el que amarran las barcas de pesca. Tiene las dos cañas plantadas en la arena y él está sentado en la silla plegable, a su lado los paquetes de cebo y el cubo donde mete los peces. Hay un hombre hablando con él, y por la curva de sus piernas arqueadas y la espalda un poco encorvada sabe que es el viejo vigilante del puerto. Cuando la ve acercarse, oye que dice:

—Ahí está tu hija.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No estabas con tus gatitos? —dice el padre volviéndose hacia ella. Y dirigiéndose de nuevo al viejo, añade—: Ahora la niña me sale con que quiere un gato.

El viejo apenas la mira con sus ojos enrojecidos y luego vuelve la vista al punto donde el sedal entra en el agua. La niña no se mueve de donde está porque quiere volver a pre-

guntarle a su padre si puede quedarse con uno de los gatitos, esperanzada porque él aún se acuerde de que se lo ha pedido y se lo haya dicho al viejo.

—Papá...—empieza a decir, pero no sabe cómo seguir.

Ni su padre ni el viejo parecen reparar más en ella y al cabo de un rato el viejo se da la vuelta y se dirige a una de las tabernas donde otros pescadores esperan el fresco de la noche.

En el cubo que hay detrás de la silla del padre dos peces se enzarzan en una angustiada lucha por darse la vuelta en la circunferencia que es apenas unos centímetros más ancha que su propio largo. La niña los mira pero no los toca. Los ojos vidriosos y el chapoteo son lo opuesto a la suavidad plácida de los gatos, que sí se atreve a tocar y que desea hacer suya con todas sus fuerzas. Pero los peces también están vivos, aunque no se puedan cuidar, y verlos allí atrapados le provoca un impulso que sólo frena el movimiento repentino de su padre al notar que han vuelto a picar. Un gesto rápido y rotundo en tres partes: tira de la caña, dibuja un arco en el cielo y atrapa el pez que cuelga del extremo. Con una sola mano lo desprende del anzuelo y, dándose un cuarto de vuelta en la silla, lo tira junto a los otros, que se revuelven para acomodarlo en el escaso palmo de agua, la justa para que no se sequen antes de escamarlos.

La niña mira el tercer pez sobre los otros dos, ve que el agua no llega a cubrirle el lomo y el ojo sin párpado que se seca deprisa, como una botella rota abandonada al sol. Tiene que echarle agua encima como sea; aunque sabe que va a morir no puede quedarse de brazos cruzados. Uno de los recipientes de plástico que sirven para poner el cebo está vacío. Sin que el padre la vea, lo coge para llenarlo de agua en la orilla y echarla en el cubo. Repite la operación tres veces más, hasta que el padre se da cuenta.

—Pero ¿se puede saber qué haces?—La poca jovialidad que ha mostrado delante del viejo ha desaparecido de su voz—. ¿Quién te manda estar aquí, eh? ¿Y tu hermano?

En ese preciso instante la caña se mueve, el padre tira de ella y en apenas unos segundos recupera el sedal y la presa revolotea brevemente en el aire antes de ir a caer en su mano oscura y seca.

—Éste no vale para nada—dice para sí mientras le quita el anzuelo—. Demasiado canijo.

Pero lo tira en el cubo junto a los otros. Es realmente pequeño y se mueve más que el resto, tal vez por eso, porque es pequeño y tiene más espacio para hacerlo. Aunque al mirarlo la niña no piensa eso. Siente la misma congoja que con los otros, pero multiplicada, y ésta hace que por un momento se olvide de que debe hacer todo lo posible para congraciarse con él.

—Papá, si no sirve, a lo mejor podemos devolverlo al agua. —La voz le sale alegre y aguda como si estuviera proponiéndole un juego.

—Pero ¿sigues ahí? Maldita niña... Ya te he dicho que ni hablar del gato y ahora te digo que ni hablar de devolver los peces al agua y ni hablar de nada. ¿Me has entendido?—contesta el padre, sacando un cigarrillo del paquete que lleva en el bolsillo. Masculla algo más entre dientes, saluda con la cabeza al hombre que acaba de instalarse unos metros más allá con sus cañas y cebos, y vuelve a poner la vista en la línea del mar.

La niña siente crecer su angustia por el animal que salta dentro del cubo; impulsándose con toda la fuerza que le queda, no logra levantarse más de un centímetro por encima de los otros tres, que se han ido aquietando en el fondo del cubo. Y a la angustia se suman las únicas palabras del padre que han hecho mella en la niña: ni hablar del gato.

Aunque Nana se lo regale y ella lo cuide y él no vaya ni a enterarse de que está, no le va a dejar tenerlo por el puro placer de negárselo. Y ella ni siquiera ha podido preguntárselo otra vez, «bien—como diría Nana—, tú pregúntaselo bien para que te diga que sí».

Ha seguido a su padre hasta allí y se ha quedado esperando mientras él sacaba peces del agua sólo porque buscaba la manera de preguntarle, sin molestarle, y que él le dijera que sí. Pero odia ver cómo pescan en la orilla, cómo traen el pescado en las barcas, aún vivo, y las langostas, y lo peor son los pulpos, que luego cuelgan en cuerdas como ropa tendida y se llenan de moscas. Y ahora lo odia aún más porque eso ha provocado que ella hiciera perder la paciencia a su padre y ha arruinado la esperanza de tener el gatito, del cuerpecito caliente, el pelo suave como las plumas de los polluelos, aún un poco ciegos, y sin pensarlo coge al pez más pequeño y lo lanza al agua, con un arco que quiere ser muy potente pero que sólo lo manda un par de metros más allá de la orilla.

El movimiento repentino en el agua alerta al padre, que instintivamente piensa que ha picado otro. Pero la caña no se mueve y, al oír la respiración de la niña detrás de él, se da la vuelta en la silla con tanta fuerza que está a punto de perder el equilibrio y la ve allí plantada, con su vestido viejo y descolorido, las piernas flacas y morenas, las sandalias de cuero, un poco demasiado grandes para sus pies cubiertos de polvo, desgredada y con las manos apretadas a la altura de la barriga.

—Pero ¿cómo?—empieza a decir el padre, con una voz que ya no es áspera, sino una especie de rugido—. ¿Habrás sido capaz...?—Y ahora sí, al levantarse para mirar dentro del cubo, tumba la silla, que hace un ruido metálico al caer sobre el cemento.

—Dijiste que era demasiado pequeño, que no servía —contesta la niña, muerta de miedo, pero encarándose al hombre enfurecido.

Huele el sudor de su camiseta, el olor a pescado de sus manos, los cigarrillos y el café en el aliento cuando él le grita:

—¡Te vas a enterar...!

Inmóvil frente a él, recibe la bofetada de esa mano gruesa que a menudo se levanta sólo amenazante, pero que esta vez la ha alcanzado. Le quema la huella de su mano en la mejilla y ve sus ojos de cerca, iguales a los del hombre que fumaba en el patio de Nana, enrojecidos y planos, como si los cubriera un velo que no dejara ver del otro lado, como si algo detrás de ellos se fuese pudriendo y los ojos lo ocultaran. Y con la cara ardiendo y la voz apretada por la rabia le dice:

—Eres malo, malo y feo como el hombre del fuego, y te odio.

—¿Qué has dicho?

El padre intenta agarrarla del brazo, pero ella es más rápida y, sin darle tiempo, echa a correr en dirección al muelle y sube las escaleras por las que ha venido. Todavía le escuece la mejilla, piensa en la cara de su padre y la del hombre del bar, y vuelve a sentir el miedo de encontrárselo en las escaleras, donde han ido ganando terreno las sombras. Podría estar en algún sitio cerca, nadie sabe cuándo pasa por allí, cuándo se marcha ni por qué; o, por lo menos, cuando el policía pregunta, todos dicen que no saben. Sin dejar de correr, sube los escalones anchos de piedra, algunos de dos en dos, y cuando llega a lo alto, donde las escaleras se encuentran con la carretera, respira y mira atrás como si el extraño aún pudiera estar persiguiéndola.

Pero no hay nadie y en la cima el cielo aún es azul, y aunque el mar ya no brilla, su color retiene restos de sol. Allí

el olor a quemado es más intenso y puede ver una parte del monte calcinado, una ladera calva y seca tachonada con los esqueletos negros de los árboles chamuscados.

Es la primera vez que se detiene a mirar el rastro del fuego. Su madre les ha prohibido a ella y a su hermano que se acerquen y, viéndolo ahora, vuelve a acordarse de la cara del hombre, de sus ojos con los párpados gruesos fijados en un punto entre la mesa y el muro de la casa mientras juega con la caja de cerillas. No se atreve a acercarse más, como si él pudiera seguir ahí. Echa a correr cuesta abajo, los talones tocándole las nalgas a cada zancada, y en la puerta de casa de Nana se para a escuchar, pero ya no se oyen voces. Entonces entra y va derecha a la esquina donde está la caja con los gatitos y coge el que más le gusta, se lo pone en el pliegue entre el cuello y el hombro y lo mece mientras le habla bajito.

—¿Quién hay? ¿Eres tú, Tono?—llega la voz de Nana desde la cocina.

—No, Nana, soy yo—responde la niña.

Nana sale y cuando la ve allí junto a la caja se ríe.

—Pero bueno, otra vez por aquí. ¿Te han dicho que puedes quedarte con el gato?—le pregunta, aunque sabe que, en caso de que la niña se haya atrevido a pedírselo a sus padres, la respuesta habrá sido que no. En parte, por eso añade—: Mira que hoy todavía no te lo puedes llevar, aún necesita a su madre.

—Ya lo sé, Nana, por eso vengo yo un ratito más, así se va acostumbrando a estar conmigo. Para que luego no eche tanto de menos a su madre, ¿sabes?

Nana vuelve a pensar que esa niña es demasiado lista y buena para su propio bien. Se acerca, le coge la barbilla como si fuera a reprenderla cariñosamente y le aparta un mechón de pelo de la frente. Animada por su gesto afec-

tuoso, la niña le pregunta de nuevo por el hombre que estaba allí antes. Nana le responde que lo ha visto alguna vez, pero que no lo conoce, y cuando la niña le pregunta si es por eso que Tono le dijo al policía que no sabía cuándo lo había visto la última vez, le contesta que sí, que no debía de acordarse. La niña sigue acariciando al gatito, ahora en el regazo, mientras Nana le acaricia el pelo a ella, y así se quedan unos segundos, hasta que Nana le dice que debería irse a casa porque se acerca la hora de cenar y su padre estará por llegar de la playa. La niña deja el gatito junto a los otros y se despidió de ella dándole un beso en la mejilla rosada y tersa que desprende un olor dulce a cebolla y anís.

—Buenas noches, Nana. Hasta mañana—dice antes de salir.

—Buenas noches, cielo, que duermas bien—contesta Nana de pie junto a la caja.

La niña baja andando las dos curvas hasta su casa, fijándose en los márgenes del asfalto por si ve algún pájaro o una tortuga. Es bonito escuchar su andar lento entre los matorros, pero cuando salen a la carretera no es raro que las atropellen; y los pájaros que mueren, por débiles o porque los tumba el viento, a veces también van a parar al asfalto. Cuando la niña los ve siempre los recoge, a los pájaros muertos, y les hace una cama con hojas, un poco alejada de la carretera, para que descansen donde no puedan pisarlos. Las tortugas las lleva lo más lejos que puede maleza adentro y les dice que sobre todo vayan en la otra dirección, no por donde iban, aunque sabe que no pueden oírlos.